

antes de que Fernan Dávalos volviese, habia abandonado muy enojada la Palomilla á su marido.

IV.

Pero por pronto que estuvieran dispuestos corcél y escuderos para acompañar á su amo como correspondia á su alcurnia, y tratándose de presentarse en la córte, cuando llegó el infante, se encontró con que todo habia concluido, y con que los personeros de los concejos bajaban muy gravemente, muy engalanados y muy finchados por las anchas escaleras del Alcázar.

V.

A las diez de aquel dia, los personeros de todos los concejos del reino, quién en mula, quién en caballo, quién con paje, quién con escudero, y vestidos todos lo mas gravemente posible, empezaron á reunirse en la casa del consistorio, que estaba, como ahora, en la plaza Mayor.

A las diez y media, el concejo de Valladolid salia del consistorio, precedido de sus maceros, sus timbaleros, sus trompeteros y su estandarte, y seguidos de todos los personeros del reino, cada cual pata acá, pata allá en su mula, llevando junto á sí, á pié, un criado ó criados, y cerrando la marcha una tropa de alguaciles del concejo de Valladolid á caballo.

VI.

La representacion popular de los reinos del señor rey don Fernando el IV, atravesaba solemnemente la noble villa de

Valladolid, para ir á cumplimentar al rey y á la reina: los del pueblo, que se agrupaban alrededor de ellos, les decian con los ojos espantados:

—Dios ponga tiento en vuestras lenguas, para que no mandeis que se haga algo que acabe de matarnos de hambre.

El pueblo miraba con cierto reojo á las córtes, porque de ellas no esperaba mas que desdichas.

Tan corrompidos estaban entonces los personeros, representantes de las necesidades de los reinos, que todo pobre que pagaba pecho, los miraba como á sus enemigos jurados.

Llegaron con gran pausa y gran contoneo las córtes al Alcázar á las once y media; recibieronlos el rey y la reina con las damas y camareros, en el primer descanso de la escalera del Alcázar, y fuéronse luego á la gran cámara de Honor, y allí, sin ponerse el rey y la reina en el trono, doña María fué hablando sencillamente con todos los que conocia, que eran muchos, encantándolos con su sencillez, con su dulzura, con su estremada amabilidad, con su gran fuerza de simpatía, apoderándose de ellos, en una palabra.

—¿Cómo os va, Garcillanes? decia al uno: cuando yo pasé por vuestra villa de Alaejos, teniais un hijo muy hermoso; desde entonces acá debeis haber tenido algunos mas.

—¡Ah, mi noble señora! decia el personero; desgraciadamente tengo hoy cinco, los tiempos están muy malos, y cuesta mucho trabajo y muchas penas criar tanto hijo.

—Dios proveerá, decia la reina.

Y volviéndose á otro, añadía.

—¿Y qué es de vos, Miguel de Santisteban? hace un siglo que no se os ve por acá; antes con mucha frecuencia veniais á servir bajo nuestro estandarte.

—¡Ah, señora! decia el personero, hace dos años caí de la mula, me derrengué de este costado y no sirvo para nada.

—¡Ah, que desgracia! exclamó la reina; yo mandaré á mi físico don Nicolao que vaya á veros, y tal vez os curará, por que es muy sabio.

Y así, hablando á todos de sus cosas, é interesándose por

todos, la reina pasó algunos minutos, hasta que al fin ocupó el trono, y los personeros fueron besando la mano al rey y á la reina en señal de homenaje.

Después de lo cual y desde el trono, la reina les dijo:

—Señores personeros de los concejos de las villas y ciudades de voto en córtes de los reinos del señor rey don Fernando, mi muy amado hijo: bien sé que mi tío el infante don Enrique el Senador, guarda de estos reinos durante la menor edad de mi hijo, el señor rey don Fernando, ha convocado córtes en Cuellar, con el intento de proponeros la venta de la preciada villa de Tarifa al rey moro de Granada; ahora, yo quiero hablaros sobre esto en secreto, y espero que me le guardareis, y que hareis como después de oirme os aconseje vuestro amor á la patria y vuestra lealtad al señor rey don Fernando, vuestro señor natural.

Sucedió un murmullo general de asentimiento y de amor á la noble reina.

—No olvideis, continuó la reina, el gran daño que causaría, no solo á Castilla, sino tambien á toda la cristiandad, la entrega de ese gran puerto del Estrecho de Gibraltar á los moros, nuestros enemigos irreconciliables: acordaos el mucho dinero que costó á estos reinos el cerco de aquella villa, hasta que se ganó, y que tanto afán y tanto trabajo tomó para ello el rey don Sancho, mi muy amado esposo, que le causó la mala enfermedad de que á la postre murió.

Y la voz de la reina se mojó en lágrimas al pronunciar sus últimas palabras.

Luego continuó:

—Dinero, sangre y rey, rey noble y bravo, nos costó á todos esa fuerte villa, defensa de nuestros reinos, sangre de su corazón, dolor de sus entrañas: muerte de su hijo, costó á nuestro excelente vasallo don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, el defender á Tarifa de la innumerable hueste del soberbio Aben-Yacub: ¡y querreis que una villa que tanto nos importa guardar, á tal precio ganada, con tal heroismo defendida, se venda miserablemente á nuestros enemigos que no la quieren para otra

cosa que para abrir por ella franca entrada contra nosotros á las bárbaras legiones de Aben-Yacub? No; ni lo creo, ni lo temo: vosotros no os habreis olvidado del honor, de la patria, de la lealtad á vuestro rey, y de vuestra propia seguridad para ceder á las sugerencias del mal aconsejado infante don Enrique. Y tened en cuenta, que tan grande es el poder de Aben-Yacub, que si á Tarifa vendiéramos, perderiamos nuestra tierra como se perdió por aquel mismo sitio, en los tiempos del rey don Rodrigo, y que nunca los moros pudieron hacer nada contra nosotros, hasta que á Tarifa tuvieron: así lo cuenta la historia de aquel tiempo, y desde que se perdió aquella vez, nunca, ninguno de los reyes cristianos hasta el rey don Sancho, mi muy amado esposo, la pudieron cobrar. Además de esto, aunque el infante don Enrique os diga que el rey de Granada da por Tarifa tanto dinero que por él, y en muchos años, se verian libres de pechos estos reinos, no lo creais, porque yo sé bien que no es tanto lo que el rey de Granada ofrece, que baste para pagar las soldadas de un año á los ricos hombres y á los otros caballeros é hijo-dalgos que asisten á la guerra: por lo que seria mayor el daño que se recibiria vendiendo á Tarifa que el provecho que se sacaria de ello. Y esto os digo, porque lo entendais bien y verdaderamente, y os aseguro que si vosotros y don Enrique quereis hacerlo, yo nunca lo otorgaré y buscaré medios para impedirlo, y Dios me acorrerá.

VII.

De tal manera, con tal energía, con tal dulzura, con tal persuasión, con tal sentimiento á la vez, y tan con su alma dijo su discurso la reina á los personeros, que estos se conmovieron, comprendieron cuánto patriotismo, cuánta verdad habia en las palabras de la reina, que juraron todos que por su voto Tarifa no se venderia, y que si eran menester dineros para asegurar en el trono al rey don Fernando el IV, y hacerle triunfar de sus

enemigos, decretarian cuantos servicios con este objeto se les pidiese.

Fué este un gran dia de triunfo para doña María, triunfo amargado por la inmediata entrevista que tuvo con su tio el infante don Enrique.

VIII.

Encontróse este, como hemos dicho, á los personeros bajando de la audiencia con la reina, habló con el uno y con el otro, y todos le dijeron, que puesto que aquellas córtes habian sido llamadas y ayuntadas para tratar de la venta de Tarifa al rey moro de Granada, y ellos eran de acuerdo, porque bien lo habian pensado, de que aquella venta no se otorgase, á sus casas se volvian, sin esperar á juntarse en córtes en Cuellar.

Subió con esto irritado el infante don Enrique, y en lo que tardó en llegar desde el patio del Alcázar á la cámara de la reina, buscó otro medio, otra nueva exigencia que le indemnizase de lo que habia perdido por no poder vender la villa de Tarifa al rey moro de Granada.

Trabajo era de la reina tener que pagar con irritantes mercedes y con insoportables humillaciones los malos servicios de los que ayudaban al rey, no en provecho de este, sino en provecho propio.

Encontró don Enrique muy contenta á la reina por el triunfo que acaba de alcanzar, y no hubo ya nada que estorbase el cinismo del infante don Enrique.

—Puesto que, la dijo, contra todo mi buen consejo y propósito no se vende Tarifa al rey moro de Granada, de quien la podiamos cobrar luego fácilmente, no soy yo de acuerdo de perder lo que si el trato que como guarda de estos reinos habia yo hecho con el rey de Granada se cumpliera, hubiera tenido; y afirmoos, señora, que yo no permaneceré ni un momento mas en

la guarda de estos reinos ni en la tutela del rey, si para remunerarme de lo que he perdido y que me ofrecia el rey de Granada no se me dan en señorío las villas de Gormaz y Caltañazor.

Y la reina, viendo que para satisfacer al infante don Enrique no habia otro medio que concederle lo que queria, y porque no urdiese otra nueva intriga para vender á Tarifa, y por evitar el desconcierto de que don Enrique dejase la guarda de los reinos y se fuese con los enemigos llevándoles su influencia, y pensando en que cuando su hijo llegase á su mayor edad y se encontrase fuerte, podria invalidar y anular todas las mercedes que la fuerza de las circunstancias la habian arrancado, hubo de otorgar lo que don Enrique queria, y sin levantar mano, y llamando la reina á su canciller don Nuño Perez de Monroy, abad de Santander, se estendieron los privilegios, y el infante don Enrique se volvió con ellos muy satisfecho á su casa.

IX.

—Paréceme que venís mas tratable que os fuisteis, don Enrique, dijo la Palomilla; algo os han dado sin duda.

—Aumentamos nuestro señorío, dijo el infante, con el de las villas de Gormaz y Caltañazor.

—Pues á ese paso, dijo la Palomilla, y con lo que yo tengo, dentro de poco vamos á ser los verdaderos reyes de Castilla.

—Y qué quereis, dijo don Enrique, es necesario aprovechar los tiempos como vienen.

—¿Y vuestros celos? dijo doña Juana.

—Creo muy bien, contestó don Enrique, que el caballero del Aguila Roja, ha sido siempre la infanta doña María de Granada, que ahora viste su propio traje.

—¿De veras? dijo la Palomilla; pues mirad, hasta hay quien cree que el caballero del Aguila Roja y doña María de Granada, son, aunque hermanos, dos personas distintas.

—¡Ya! dijo don Enrique: ¿y dónde está esa otra distinta

persona que se parece tanto á la infanta doña María, y hay quien los cree una persona misma?

—¿Pues dónde ha de estar? en Granada, y sobre el trono.

Echóse á reir el infante don Enrique.

—¡Bah! os han engañado, señora, dijo; el rey de Granada Abu-Abdala-ben-Mohamed, es un barbudo cetrino, que se parece á la infanta Zayda Fatima, su hermana, como yo me parezco á vos. Quedáos con Dios y luchando con vuestra suerte, doña Juana, que yo, como he comido muy bien con la reina mientras se estendian los privilegios de mi señorío sobre las villas de Gormaz y Caltañazor, me voy á dormir la siesta hasta que se ponga el sol.

—Y yo, dijo la Palomilla, me voy al Alcázar hasta sabe Dios cuándo.

Y los dos esposos se separaron en la buena armonía que ven nuestros lectores.

CAPITULO XIII.

DE LA TREMENDA APARICION QUE TUVO EL SEÑOR DE VIZCAYA, Y DE LAS TERRIBLES COSAS QUE LA APARICION LE DIJO.

I.

Nuevas exigencias affigieron á la buena reina doña María. Su primo el infante don Juan Manuel, mañero siempre aunque jóven, y manteniéndose en una dudosa lealtad, habiendo perdido su señorío de Elche, que se lo quitara en su entrada por Murcia el rey de Aragon, vino á la córte, y como mantenía buenas amistades con su tio el infante don Enrique, le eligió por intermediario, para que por su perdido señorío de Elche le diera la reina el de Alarcon, que era del rey. Como tutor de este y gobernador del reino, hubiera debido don Enrique negarse á aquella exigencia, porque no era admisible que las pérdidas de señoríos de los ricos hombres y los magnates, causadas por los enemigos, fuesen resarcidas con señoríos de la corona; sobre todo, esto era establecer un mal precedente y dar ocasion á que todos los señores que se encontrasen en el caso del infante don Juan Manuel, pidiesen lo mismo que él pedia,